

cuando le llevan á los enfermos, y cuando uno comulga, y no tiene entonces razon ni fuerza de sacrificio. Y hay otra diferencia que, en cuanto es Sacramento, aprovecha al que lo recibe como los demás Sacramentos, dándole gracia y los demás efectos propios suyos; pero en cuanto es sacrificio, aprovecha no solamente al que lo recibe, sino tambien á otros por quien se ofrece. Y así nota el concilio Tridentino, que para estas dos cosas y por estas dos causas instituyó Cristo este divino misterio. La una, para que como Sacramento fuese mantenimiento del alma, con el cual se pudiese conservar, restaurar y renovar la vida espiritual. La otra, para que la Iglesia tuviese un sacrificio perpétuo que ofrecer á Dios, para perdon y satisfaccion de nuestros pecados, para remedio de nuestras necesidades, en recompensa y agradecimiento de los beneficios recibidos, y para impetrar y alcanzar nuevas gracias y mercedes del Señor. Y no solamente para remedio y alivio de los vivos, sino tambien de los difuntos que mueren en gracia y están en purgatorio, á todos aprovecha este sacrificio. Y hay aquí una cosa de gran consuelo, que así como el sacerdote cuando dice misa ofrece este sacrificio por sí y por otros, así tambien todos los que la están oyendo ofrecen juntamente con él este sacrificio por sí y por otros. Así como cuando un pueblo ofrece un presente á su se-

ñor vienen tres ó cuatro hombres y habla el uno solo con él, pero todos traen presente, y todos le ofrecen; así acá, aunque solo el sacerdote habla, y con sus manos ofrece este sacrificio; pero por mandos del sacerdote ofrecen todos. Verdad es que hay diferencia; porque en el ejemplo que traemos, aunque escogen uno que hable, pero cualquiera de los otros podia hacer aquello, y en la misa no; porque solo el sacerdote, que está escogido de Dios para ello, puede consagrar y hacer lo que se hace en la misa; pero todos los demás que sirven ó asisten á ella ofrecen tambien aquel sacrificio. Y así lo dice el mismo sacerdote en la misa: *Orate fratres, ut meum, ac vestrum sacrificium, acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem;* y en el cánon dice: *Pro quibus tibi offerimus, vel qui tibi offerunt:* Rogad, hermanos, á Dios que mi sacrificio y vuestro sea acepto y agradable á Dios todopoderoso. Lo cual deberia poner mucha codicia á todos de oír y ayudar á las misas, y lo declararemos mas en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XV.

*De qué manera se ha de oír la misa.*

Lo que habemos dicho parece que nos obliga á tratar cómo se debe oír la misa, y lo que habemos de hacer en ella. Y así diremos acerca de esto tres cosas que serán tres devociones que podemos

tener en la misa, y cada una de ellas es muy principal, y todas tres se pueden tener juntamente. Y no serán de nuestra cabeza, sino de nuestra madre la Iglesia, para que se tengan y estimen en lo que es razon. Quanto á lo primero, habemos de presuponer que la misa es una memoria y representacion de la pasion y muerte de Cristo, como queda dicho. Quiso el Redentor del mundo que este santo sacrificio fuese memoria de su pasion, y del amor que nos tuvo; porque entendió que acordándonos de lo que por nosotros padeció, nos seria esta continua memoria un despertador grande para amarle y servirle, y que no seríamos como el otro pueblo: *Qui oblití sunt Deum qui salvavit eos,* Psalmo cy, v. 21, que se olvidó del Señor que los salvó y sacó de Egipto. Y así una de las buenas devociones que podemos tener en la misa, conforme á esto, es ir considerando los misterios de la pasion que en ella se nos representan, sacando de allí actos de amor y propósitos de servir mucho al Señor. Para esto ayudará mucho saber las significaciones de lo que se hace y dice en la misa, para que así vamos entendiendo y gustando mas de los misterios tan grandes que allí se nos representan, porque no hay palabra, ni signo, ni ceremonia que no tenga grandes significaciones y misterios, y todas las vestiduras y ornamentos con que se viste el sacerdote para decir

misa nos representan tambien eso mismo. El amito dicen los Santos que representa el velo con que los judíos cubrieron el rostro á Cristo nuestro Redentor, cuando le decian, hiriéndole en el rostro: Profetiza quién te dió. La alba, la vestidura blanca con que Herodes, haciendo burla y escarnio de él, con su ejército le envió vestido á Pilato. El cingulo representa, ó las primeras ataduras y sogas con que fue atado cuando le prendieron, ó los azotes con que fue azotado por mandado de Pilato. El manípulo significa las segundas ataduras con que ataron á Cristo las manos á la columna cuando le azotaron. Pónese en el brazo izquierdo, que está mas cercano al corazon, para denotar el amor grande con que recibió aquellos crueles azotes por nuestros pecados, y el amor con que es razon que nosotros correspondamos á tan grande amor y beneficio. La estola representa las terceras ataduras, que fue aquella soga que le echaron al cuello cuando llevaba la cruz á cuestras para ser crucificado. La casulla representa la vestidura de grana que le vistieron para hacer burla y escarnio de él, ó segun otros representa aquella túnica inconsútil que le desnudaron para crucificarle. El entrar el sacerdote en la sacristía á vestirse de estas vestiduras sacerdotales representa la entrada de Cristo en este mundo, en el sagrario sacratísimo del vientre virginal de la Virgen

María madre suya, donde se vistió de las vestiduras de nuestra humanidad, para ir á celebrar este sacrificio en la cruz. Y al salir el sacerdote de la sacristía canta el coro el intróito de la misa, el cual significa los grandes deseos y suspiros con que aquellos santos padres esperaban la encarnacion del Hijo de Dios: *Emitte agnum, Domine, dominatorem terræ*. Isai. xvi, v. 1. *Et utinam dirumperes celos, et descenderes*. Isai. lxiv, v. 1. Y tórnanse á repetir otra vez el intróito, para significar la frecuencia de estos clamores y deseos que tenian aquellos santos padres de ver á Cristo en el mundo vestido de nuestra carne. El decir el sacerdote la confesion, como hombre pecador, significa que Cristo tomó sobre sí todos nuestros pecados, para pagar por ellos, y quiso parecer pecador y ser tenido por tal, como dice el profeta Isaias, lxxxiii, v. 4 et 11, para que nosotros fuésemos justos y santos. Los kyries, que quiere decir: Señor, misericordia, significan la grande miseria en que estábamos todos antes de la venida de Cristo. Seria cosa muy larga discurrir por todos los misterios en particular; basta entender que no hay cosa en la misa que no esté llena de misterios, y todos aquellos signos y cruces que hace el sacerdote sobre la hostia y el cáliz es para representarnos y traernos á la memoria los muchos y varios tormentos y dolores que Cristo padeció por nosotros en la

cruz; y el levantar en alto la hostia y el cáliz, en acabando de consagrar (fuera de que se hace para que el pueblo le adore), nos representa cuando levantaron la cruz en alto, para que todos le viesen crucificado. Cada uno puede entretenerse en la consideracion de un misterio ó dos que mas devocion le diere, sacando de ellos fruto para sí, y procurando corresponder á tan grande amor y beneficio; y eso será mas provechoso que el pasar de corrida muchos misterios por la memoria. Esta es la primera devocion que podemos tener en la misa.

La segunda devocion y modo de oír la misa es muy principal y muy propio de ella, y le apuntamos en el capítulo pasado, para cuya inteligencia es menester presuponer dos cosas que allí declaramos. La primera, que la misa no solamente es memoria y representacion de la pasion de Cristo, y de aquel sacrificio en que él se ofreció en la cruz al Padre eterno por nuestros pecados, sino que es el mismo sacrificio que entonces se ofreció, y del mismo valor y eficacia. La segunda, que aunque solo el sacerdote habla y con sus manos ofrece este sacrificio; pero todos los circunstantes le ofrecen tambien juntamente con él. Supuesto esto, digo, que el mejor modo de oír la misa es ir juntamente con el sacerdote ofreciendo este sacrificio, y haciendo en cuanto pudiéremos lo que él hace, hacien-

do cuenta que nos juntamos todos allí, no solo á oír misa, sino á hacer y ofrecer este sacrificio juntamente con el sacerdote, pues en realidad de verdad es así. Y por eso está ordenado que los sacerdotes digan con voz clara y moderadamente alta las cosas de la misa que conviene que el pueblo oiga, para que vayan gustando y preparándose juntamente con el sacerdote para ofrecer este sacrificio con la preparacion que la Iglesia con tan grande consejo y acuerdo ha ordenado para eso. Porque todo lo que allí se dice y se hace es un preparar y disponer así al sacerdote, como á los que asisten, para que con mas devocion y reverencia ofrezcan este tan altísimo sacrificio.

Para que mejor podamos poner esto en ejecucion, se ha de notar que tres partes principales tiene la misa: la primera es desde la confesion hasta el ofertorio, que toda ella es un preparar al pueblo para que dignamente pueda ofrecer este sacrificio. Al principio con la confesion y aquellos versos de salmos, aun antes de llegar al altar. Luego los kyries, que fuera de significar, como dijimos, la grande miseria en que estábamos antes de la venida de Cristo, nos dan tambien á entender que el que ha de tratar negocios con Dios no los ha de tratar por justicia, sino por misericordia. Luego se sigue el *Gloria in excelsis Deo*, dando gloria á Dios por la Encarnacion, y re-

conociendo el bien grande de este beneficio. Luego se sigue la oracion. Y débese notar que dice el sacerdote *oremus*, y no *oro*; porque todos oran con él, y él en persona de todos. Y para que esto se haga con mas espíritu, precede el pedir para ella la asistencia del Espíritu Santo, volviéndose el sacerdote al pueblo con el *Dominus vobiscum*; y respondiendo el pueblo: *Et cum spiritu tuo*. La epístola significa la doctrina del viejo Testamento y la de san Juan Bautista, que precedió como preparacion y catecismo para la doctrina del Evangelio. El gradual que se dice despues de la epístola significa la penitencia que hacia el pueblo con la predicacion de san Juan Bautista. Y el *alleluya*, que se sigue despues del gradual, significa la alegría que tiene el alma despues de haber alcanzado el perdon de los pecados por medio de la penitencia. El evangelio significa la doctrina que Cristo predicó en el mundo. Y hace el sacerdote la señal de la cruz sobre el libro que ha de leer, porque nos ha de predicar á Cristo crucificado: y despues hace la señal de la cruz en la frente, boca y pecho, y el pueblo tambien, en lo cual profesamos que tenemos á Cristo crucificado en nuestro corazon, y que le confesarémos con nuestras lenguas y con nuestros rostros descubiertos, y viviremos y moriremos en esta confesion. Enciéndense nuevas lumbres para decir el evangelio;

porque esta doctrina es la que alumbraba nuestras almas, y la luz que trajo el Hijo de Dios al mundo: *Lumen ad revelationem gentium, et gloriam plebis tue Israel*. Luc. II, v. 32. Se oye el evangelio en pié, para darnos á entender la prontitud que habemos de tener para obedecerle y para defenderle cuando fuere menester. Se oye descubierta la cabeza, que da á entender la reverencia que habemos de tener á la palabra de Dios. Luego se sigue el Credo, que es el fruto que se saca de la doctrina del Evangelio, porque en él confesamos los artículos y principales misterios de nuestra fe. Esta es la primera parte de la misa, la cual llaman misa de los catecúmenos, porque hasta aquí se permitían estar en la misa los catecúmenos que no estaban bautizados, y los infieles, así judíos, como gentiles, para que oyesen la palabra de Dios y fuesen instruidos en ella.

La segunda parte de la misa es desde el ofertorio hasta el Pater noster, que llaman misa del sacrificio, á la cual solo los cristianos pueden estar. Y así solía el diácono desde el púlpito mandar ir á los catecúmenos, y entonces se decía antiguamente el *Ite missa est*: Idos, porque la misa, esto es el sacrificio, se comienza ya; al cual no es lícito á vosotros el asistir. Esta es la principal parte de la misa donde se hace la consagración y se ofrece lo consagrado. Y así el sacerdote comienza á tener silen-

cio, y á decir las oraciones en secreto, que no sean oídas de los circunstantes, como quien se acerca ya al sacrificio. Como cuando se acercaba la pasión, dice el sagrado Evangelio, *Joan. XI, v. 54*, que Cristo nuestro Redentor se retiró al desierto junto á la ciudad de Efen, y que ya no andaba en público. Pues acercándose ya el sacerdote á ofrecer el sacrificio, lávase las manos, para darnos á entender la limpieza y puridad con que nos habemos de llegar á este sacrificio. Y vuélvese al pueblo, diciendo que hagan oración juntamente con él, para que aquel sacrificio sea acepto y agradable á la majestad de Dios. Y despues de haber orado un poco secretamente, torna á interrumpir el silencio con el prefacio, que es un apercibimiento mas particular, con que el sacerdote se dispone á sí y al pueblo para este santo sacrificio, exhortándolos á que levanten los corazones al cielo, y á que den gracias al Señor por haber bajado del cielo á tomar nuestra carne, y morir por nosotros: *Benedictus qui venit in nomine Domini, hosanna in excelsis*, Matth. XXI, v. 9, que son aquellos loores con que le recibieron en Jerusalem el domingo de Ramos. Y *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth*, Isai. c. VI, v. 3, que son aquellas voces con que le están perpétuamente alabando los cortesanos del cielo, como dice Isaías, y san Juan en su Apocalipsi, IV, v. 8. Luego co-

mienza el cánon de la misa, donde primero ruega el sacerdote al Padre eterno, que por los méritos de Jesucristo su único Hijo y Señor nuestro acepte este sacrificio por la Iglesia, por el Papa, por el Prelado, por el Rey. Y luego en secreto ruega á Dios por otras personas particulares, ofreciendo tambien el sacrificio por ellas, haciendo el primer memento que llamamos de los vivos, y particularmente ofrece este sacrificio por los que están presentes: *Et omnium circumstantium*. Y así es cosa muy provechosa asistir á la misa; porque los que asisten á ella participan mas de los dones de Dios, como los que asisten á la mesa del Rey; y como los que le salen á recibir cuando entra en la ciudad; y como los que estuvieron al pié de la cruz, san Juan y Nuestra Señora, la Magdalena y el buen Ladron. Ruperto abad, c. 20, dice que hallarse presente á la misa es hallarse presente á las exequias de Cristo nuestro Redentor. Luego se hace la consagración, en que, como dijimos, consiste y se ofrece este sacrificio de la misa por todos aquellos de quien en el memento se ha hecho mencion.

Pues digo que la mejor devoción que uno puede tener en ella es ir atendiendo á lo que el sacerdote dice y hace, é ir haciendo con él, en cuanto puede, lo que él hace, como persona que es parte en tan grande negocio como allí se trata y se celebra. Y cuando el sa-

cerdote hace el memento de los vivos, es bueno hacer tambien cada uno su memento, rogando á Dios por los vivos, y despues el de los difuntos tambien con el sacerdote. Nuestro Padre san Francisco de Borja hacia el memento de esta manera: presupuesta la consideración dicha, que este sacrificio representa, y es el mismo que se ofreció en la cruz por nosotros, iba haciendo su memento por las cinco llagas de Cristo. En la llaga de la mano derecha encomendaba á Dios al papa y los cardenales, y todos los obispos y prelados, clérigos y curas, y todo el estado eclesiástico. En la llaga de la mano izquierda encomendaba á Dios al rey y todas las justicias y cabezas del brazo seglar. En la llaga del pié derecho todas las religiones, y en particular la Compañía. En la llaga del pié izquierdo todos sus deudos, parientes, amigos, bienhechores, y todos los que se habian encomendado en sus oraciones. La llaga del costado reservaba para sí, y allí se entraba y acogia él: *In foraminibus petrae, in caverna maceriae*, Cant. II, v. 14; pidiendo á Dios perdon de sus pecados y remedio de sus necesidades y miserias. Y así ofrecia este sacrificio por todas estas cosas, y por cada una de ellas, como si por sola ella le ofreciera; ofreciéndole siempre en particular por aquella persona ó personas por quien decía la misa por obligación ó devoción, con voluntad de que se le aplicase

de aquel santo sacrificio toda la parte que se le debía, sin que fuese defraudado en nada por los demás á quien lo aplicaba. De la misma manera hacia el memento de los difuntos, ofreciendo aquel sacrificio, lo primero, por la persona ó personas por quien particularmente decia la misa. Lo segundo, por las ánimas de sus padres y parientes. Lo tercero, por los difuntos de su Religion. Lo cuarto, por sus amigos, bienhechores, encomendados, y por todos aquellos á quien tenia alguna obligacion. Lo quinto, por las ánimas que están mas desamparadas que no tienen quien haga bien por ellas, y por las que están en mas graves penas y en mayor necesidad, y por las que están mas cerca de salir del purgatorio, y por las que seria mayor caridad y servicio de Dios ofrecerle. Así habemos de hacer nosotros; de esta ú otra manera, como cada uno mejor se hallare. Y particularmente habemos de ofrecer este sacrificio por tres cosas, que entre otras muchas nos tienen muy obligados y cercados por todas partes. La primera, en hacimiento de gracias por los beneficios tan grandes que habemos recibido de la mano de Dios, así generales como particulares. La segunda, en satisfaccion y recompensa de nuestros pecados. La tercera, para pedir remedio de nuestras necesidades y flaquezas, y alcanzar nuevas mercedes del Señor. Y es muy bueno ofrecer cada uno á Dios este sacri-

ficio por estas tres cosas, no solo por sí mismo sino tambien por los prójimos, ofreciéndole no solo por los beneficios que él ha recibido, sino tambien por las mercedes tan grandes que ha hecho y cada dia hace á todos los hombres; y no solo en satisfaccion y recompensa de sus pecados, sino de todos los pecados del mundo, pues basta y sobra para satisfacer y aplacar por todos ellos al Padre eterno. Y no solo para pedir remedio de las miserias y necesidades propias y particulares, sino de todas las de la Iglesia. Y en esto se conforma uno mas con el sacerdote que lo hace así; fuera de que la caridad y celo de las almas pide que no solo tenga uno cuenta con su particular, sino con el bien comun de la Iglesia, y generalmente es bueno ofrecer este sacrificio por todo aquello que Cristo le ofreció estando en la cruz. Y será bueno ofrecernos tambien á nosotros mismos juntamente con Cristo en sacrificio al Padre eterno cada dia en la misa, por estas mismas cosas, sin quedar nada en nosotros que no se lo ofrezcamos. Porque aunque es verdad que son de muy poco valor nuestras obras de suyo; pero teñidas en la sangre de Cristo, y en union de sus méritos y pasion, serán de mucho valor, y agradarán mucho á Dios.

San Crisóstomo (1) dice que la hora en que se ofrece este divi-

(1) Chrysost. homil. 2 de incomprehensib. Dei natura.

no sacrificio, es el tiempo mas oportuno que hay para negociar con Dios. Y que los Ángeles tienen esta por una suavísima coyuntura para pedirle mercedes en favor del género humano, y que claman allí con grande ahinco por nosotros á Dios por ser el tiempo tan acomodado. Y así dice que están allí escuadrones celestiales de Ángeles, de Querubines y Serafines, arrodillados con gran reverencia ante la majestad de Dios, y que luego en ofreciéndose este sacrificio van volando estos correos celestiales, para que las cárceles del purgatorio se abran, y se ejecute lo que allí se ha despachado. Y así es razon que nosotros sepamos estimar esta coyuntura, y aprovecharnos de tan buena ocasion, y que vamos á la misa á ofrecer este divino sacrificio con grande confianza, que por medio de él aplacaremos la ira del Padre eterno, y pagarémos las deudas de nuestros pecados, y alcanzaremos los dones y mercedes que le pidiéremos.

La tercera devocion pertenece particularmente á la tercera parte de la misa, que es desde el Pater noster hasta el fin, donde el sacerdote consume; y las oraciones que se dicen despues de la comunión todas son un hacimiento de gracias por el beneficio recibido. Pues lo que han de hacer entonces los que oyen la misa es ir tambien en esto con el sacerdote en cuanto pudieren. No podemos comulgar en cada misa sacramentalmente;

pero espiritualmente sí. Pues esta sea la tercera devocion de la misa, que es muy buena y muy provechosa, que cuando comulga el sacerdote sacramentalmente, comulguen tambien espiritualmente los que se hallan presentes. Comulgar espiritualmente es tener un deseo grande de tomar este santísimo Sacramento, conforme á aquellas palabras de Job, xxxi, v. 31: *Si non dixerunt viri tabernaculi mei (id est boni christiani, et timorati): quis det de carnibus ejus, ut saturemur?* Así como al goloso se le van los ojos tras la golosina, así al siervo de Dios se le han de ir los ojos y el corazón tras este divino manjar. Y cuando el sacerdote abre la boca para consumir, ha de abrir él la boca de su ánima con un deseo grande de recibir aquel divino manjar, y estarse saboreando en aquello. De esta manera Dios satisfará el deseo del corazón con aumento de gracia y de caridad, conforme á aquello que él promete por el Profeta, Psalm. lxxx, v. 11: *Dilata os tuum, et implebo illud.*

Pero nota aquí el concilio Tridentino, ses. 13, c. 8, que para que el deseo de recibir este sacratísimo Sacramento sea comunión espiritual, es menester que nazca de fe viva informada de la caridad. Quiere decir, que es menester que el que tiene este deseo esté en caridad y gracia de Dios, porque entonces consigue este fruto espiritual, uniéndose mas con Cristo; pero en el que estuviese en pecado

mortal, este deseo no sería comunión espiritual, antes si desease comulgar estando en pecado, pecaría mortalmente: y si lo desease sabiendo primero de él, aunque sería buen deseo, no sería comunión espiritual, porque como no está en gracia, no puede recibir el fruto de ella. De manera que es menester estar en gracia de Dios, y tener entonces ese deseo de comulgar espiritualmente; porque por ese deseo de recibir este santísimo Sacramento participa de los bienes y gracias espirituales que suelen participar los que le reciben sacramentalmente. Y aun puede ser que el que comulga espiritualmente reciba mayor gracia que el que comulga sacramentalmente, aunque comulgue en estado de gracia; porque aunque es verdad que la comunión sacramental de suyo es de mayor provecho y de mayor gracia que la espiritual, porque al fin es Sacramento y tiene privilegio de dar gracia *ex opere operato*, lo cual no tiene la comunión espiritual; pero con tanta devoción, reverencia y humildad puede uno desear recibir este santísimo Sacramento, que reciba con eso mayor gracia que el que le recibe sacramentalmente, no con tanta disposición. Y mas, hay otra cosa en esta comunión espiritual, que como es secreta y no la ven los demás, no hay ningún peligro de vanagloria de los circunstantes, como le hay en la comunión sacramental, que es pública. Y

mas, tiene otro privilegio particular que no tiene la sacramental, y es que se puede hacer mas veces, porque la sacramental hácese una vez en la semana, ó cuando mucho una vez cada día; pero la espiritual puédese hacer no solamente cada día, sino muchas veces al día. Y así tienen muchos esta loable devoción de comulgar espiritualmente, no solo cuando oyen misa, sino cada vez que visitan el santísimo Sacramento, y otras veces.

Y es bueno el modo de comulgar espiritualmente que usan algunos siervos de Dios, el cual pondremos aquí para que se pueda aprovechar de él el que quisiere. Cuando oís misa, ó cuando visitáis el santísimo Sacramento, ó cada vez y cuando que quisiéreis comulgar espiritualmente, despertad vuestro corazón con afectos y deseos de recibir este santísimo Sacramento, y decid: ¡Oh Señor, quién tuviera la limpieza y pureza que es menester para recibir dignamente tan gran huésped! ¡Oh quién fuera digno de recibirlo cada día, y teneros siempre en sus entrañas! ¡Oh Señor, qué rico estuviera yo si os mereciera recibir y traer á mi casa! ¡qué dichosa fuera mi suerte! Pero no es necesario, Señor, venir Vos á mí sacramentalmente para enriquecerme, querédlo Vos, Dios mio, que eso bastará; mandadlo Vos, Señor, y quedaré justificado. Y en testimonio de esto decid con el Centurion: *Domine non*

*sum dignus, ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea.* Matth. VIII, v. 8. Señor mio Jesucristo, yo no soy digno que Vos entreis en mi morada, mas decidlo Vos, que con vuestra sola palabra mi ánima será sana y salva. Si mirar la serpiente de metal bastaba para sanar los heridos, *Num. XXI, v. 9*, también bastará el mirarlos con viva fe y con ardiente deseo de recibirlos. Y será bueno añadir la antifona: *O sacrum convivium, etc.*, y el verso: *Panem de caelo, etc.*, con la oración del santísimo Sacramento.

## CAPÍTULO XVI.

*De algunos ejemplos acerca de la devoción de oír misa, y decir la cada día, y la reverencia con que habemos de estar en ella.*

El papa Pio II y Sabélico (1) cuentan que en la provincia de Histria, que confina con Pannonia y Austria, vivía un devoto caballero, el cual era molestado de una grave tentación de ahorcarse, y algunas veces estuvo en puntos de hacerlo. Andando con esta penosa tentación, descubrióse á un hombre religioso, letrado y temeroso de Dios nuestro Señor, pidiéndole consejo, el cual despues de haberle confortado y consolado mucho, le dijo que tuviese en su

(1) Pius II, in sua Cosmographia in descriptione Europæ.

compañía un capellan que cada día le dijese misa. Parecióle bien este remedio, y así se concertó con un sacerdote, y los dos se fueron á vivir á una buena fortaleza que tenía en el campo, donde habiendo un año que por medio de esta santísima devoción vivía en sosiego, acaeció que un día le pidió licencia su capellan para ir á celebrar una fiesta á un pueblo allí vecino con un clérigo amigo suyo. El caballero dió la licencia con intención de ir allá á oír misa y hallarse en la fiesta; pero por cierta ocasión se detuvo de modo que era ya mediodía cuando vino á salir de su fortaleza muy congojado, pensando no hallar misa; y molestado de su antigua tentación, yendo así fatigado encontróse con un labrador que venía del lugar, el cual le certificó que eran ya acabados los oficios divinos. Recibió de esto el caballero tanta pena, que comenzó á maldecir su ventura, y á decir: que pues aquel día no había oído misa se tenía ya por perdido. El labrador le dijo que no se fatigase, que él le vendería la misa y lo que delante de Dios había merecido con ella: al caballero le agradó esto, y así se concertaron en que le diese una ropa que traía vestida, la cual él dió de buena voluntad, y con esto se partió el uno del otro. Con todo eso quiso el caballero llegar al pueblo á hacer oración en la iglesia: hizolo así, y poco despues volviéndose á su casa, llegando al lu-